

LA MUJER NO EXISTE... INSISTE POR EXISTIR.-

Lydia Gómez Valverde

Hay una imagen de sí, densa, cargada de sentimientos, casi corpórea y si sus contornos son muy fijos, ya la imagen está en trance de convertirse en personaje, más real que la persona misma, alimentado a su costa... Y mientras el personaje crece y toma posesión de cuanto espacio vital le dejan sus semejantes, la persona que lo sustenta, se vuelve como un fantasma... la imagen es un maleficio... Vivir es anhelar...

María Zambrano (Delirio y destino)

El deseo es la esencia del ser.

B Spinoza.

Mujer e identificación a la diferencia: Esa parte del ser que habla que siempre escapa.-

La imagen de lo que es ser mujer sí tiene una fuerte presencia. Imagen honrada u odiada, benevolente y paternalista o despreciativa, progresista, arcaica, imagen a combatir o a recrear, imagen histórica, imagen ceñida por fronteras culturales. No es imagen lo que falta. Pero la mujer, una por una, que subsiste bajo el peso de esas imágenes no existe en ellas: insiste por existir atravesándolas.

El ser sexuado es un destino a ganar no una herencia o determinación a sufrir. Cuando en psicoanálisis se habla de mujer no se hace referencia a una clase o colectivo sino a una posición subjetiva estructural respecto de la división de los sexos, se habla pues de una posición sexual, de una identificación a un modo de abordar la aventura de la diferencia. O lo que es lo mismo de un modo particular de relación y de goce.

Sucintamente, la identificación narcisista rastrea en la relación con otros el parámetro de la semejanza, que encuentra en la imagen su brújula y su asiento. Desde este parámetro se miden diferencias que siempre terminan por aparecer como cuantitativas. La métrica impera, el más y el menos son las partículas fundamentales de su definición y la tensión agresiva su corolario necesario, expresión de una lucha por el dominio. También es cierto que a la identificación narcisista debemos la posibilidad de la comprensión, la empatía y la ilusión de adecuación sin fallas como realizable.

La segunda identificación es la edípica. Retoque identificatorio lo llamaba Freud. La identificación edípica ya no lo es a una imagen, como ocurre en el narcisismo, constituye un nudo de relaciones entre diferentes. Es identificación a una estructura, a los componentes de una estructura: la estructura del discurso, la trama de la palabra en su devenir, que crea lazos entre los sujetos. En ella el núcleo esencial no es la semejanza sino, por el contrario, la diferencia. Es lo que permite diferenciar un fonema, palabra, o signo lingüístico de cualquier clase lo que por otra parte lo identifica y permite su uso discreto en relación a otros signos para construir con ellos una significación. La diferencia, no cuantitativa sino estructural, radical, es el punto de partida de la creación como acto. Cada sujeto es único gracias a lo que le diferencia de todo el resto de sus compañeros y también gracias a ello existe algo que intercambiar, una razón para

anhelar llegar al otro, un enigma por lo otro que empuja a la curiosidad y la investigación. La diferencia es a tal punto estructural que marca también el uso del lenguaje puesto que instituye la condición de que éste, como medio que es para representar, queda por ese mismo hecho separado de aquello llamado a representar. Aún infinitesimal, el salto entre lo representado y su representante persiste y con ello el enigma del objeto permanece vivo y candente, exigiendo una nueva elaboración.

El peso del narcisismo en la parte varón de los seres que hablan determina modalidades de relación presididas por la idea de que todo es representable y cabe en el campo de la imagen. La lucha por el poder y el prestigio, por el reconocimiento por parte de los semejantes de su supremacía acompaña su tránsito. La identificación edípica, más cercana a la posición femenina, implica como punto de partida que no todo es representable exhaustivamente. Deja librado un campo a la exploración de lo otro; a encontrar palabras para cernir lo ajeno, lo extraño -aún y sobre todo dentro de lo familiar y conocido-, cuya medida es la insistencia de lo profundo de su enigma y ninguna métrica comparativa.

La relación con lo otro -lo que no está apresado y catalogado o que aún estándolo se libera de sus ataduras para presentar el desafío de no corresponder con las definiciones para él establecidas- preside el posicionamiento subjetivo del lado femenino.

La confusión generalizada respecto del abordaje del término mujer que hace el psicoanálisis debe mucho a que las nociones y conceptos que éste articula son extraídos del lenguaje común.

Llegados aquí resulta necesario resaltar una vez más que no estamos hablando de hombre y mujer en correspondencia con esos dos colectivos divididos en función del sexo biológico que portan al nacer, ni tampoco de los paradigmas culturales que tratan de explicar sus diferencias dotándolas de contenidos más o menos acordes con lo supuestamente natural. De paso, ¿existe en el terreno de lo humano, es decir, en el terreno de los seres que hablan, algo que estrictamente pueda ser denominado natural?. Afirmamos que no. Hablamos, como se expresó al comienzo, de posiciones del sujeto -sujeto del inconsciente- respecto de la diferencia y entre ellas, la más importante de todas: la diferencia sexual. La bisexualidad de la que Freud hablaba pone de manifiesto que ninguna de esas posiciones identificatorias excluye totalmente a la otra. Incluso podríamos decir que, de hacerlo, el sujeto estaría en precarias condiciones para habitar el mundo y la palabra. No existe la una sin la otra, pero evidentemente una de ellas cobra más peso que la otra en el comando de los movimientos de la persona frente a los avatares de la vida. Queda marcado pues que posición femenina y mujer no son términos que se superpongan y agoten mutuamente.

Siendo el psicoanálisis una disciplina de lo particular difícilmente hablará de colectivos, clases o categorías universales. El hallazgo del psicoanálisis, su descubrimiento central, estribaría en reconocer a los seres humanos como seres de lenguaje, esto es, seres de sentido para los cuales toda acción, pensamiento, acontecimiento, etc., es portador de una significación ya sea evidente, a descifrar, o a construir, pero nunca escapa de la red del sentido. Independientemente de la época o del paradigma cultural que investiguemos, esto es un hecho. Lo más universal -la trama del lenguaje que con sus leyes instala el sentido- da lugar a lo más particular: las significaciones a que cada

sujeto va arribando singularmente. La estructura del sentido no prefigura las significaciones en que puede desembocarse poniéndola en juego.

El psicoanálisis habla de estructuras -la estructura del discurso, del lenguaje, del aparato psíquico, del posicionamiento sexual-, esto es, de organizaciones formales de lugares, funciones y relaciones interdependientes, vacíos de contenido y constituidos alrededor de un real, de un objeto, para dar cuenta de él. Cómo la estructura es puesta a funcionar en el uno por uno dará lugar a lo único y sin par de cada sujeto. Si esta trama del sentido a que nos referimos no estuviera presente no habría posibilidad de encontrar cambios a lo largo de la historia tanto de valores morales como de actitudes y prioridades. El sentido no se detiene en su insistencia puesto que los objetos siempre quedan a una cierta distancia de lo que los denomina y define.

Es precisamente la posición femenina -presente en todo sujeto- la que permite, por no ingresar y acomodarse plenamente en el discurso social y cultural establecido de que se trate, subvertirlo, operar transformaciones y crear. Desde la denuncia de que las representaciones fallan la esencia del objeto y desde la exigencia de construir otras nuevas. Es la exigencia de sentido la que dispara sus dardos desde el centro de la posición sexual femenina. Quizá el tan mentado enigma femenino encuentre aquí su origen y fundamentación.

Freud, en *El malestar en la cultura*, plantea que la condición de ingreso al orden de la cultura pasa por la renuncia a la satisfacción pulsional inmediata directa y su sustitución por una satisfacción obtenida a través de mediaciones. En primer lugar y fundamentalmente, la mediación simbólica. La propia palabra cultura en su etimología nos lleva a esa conclusión, lo que la define es la interposición de instrumentos para entrar en relación con lo natural y transformarlo de acuerdo a nuestras expectativas. Es lo que ha quedado exiliado, la conexión directa con lo real, lo que genera un malestar dentro del ámbito de la cultura, al marcar que las representaciones de que ella nos dota no alcanzan a recubrir y agotar lo que existe. Este malestar tiene vías de expresión sintomáticas y vías de expresión creativas. La mujer ha aparecido en ocasiones como síntoma del malestar en la cultura y en otras como revulsivo creador.

Decíamos al principio que no son imágenes lo que faltan en cuanto a lo que ser mujer pueda ser, por el contrario, abundan. Ahora bien, hay algo que persiste en cada configuración, por diversas que puedan ser, y estriba en relacionar casi como si de una sinonimia se tratase mujer y madre. No existe representación de lo que la mujer (ser sexuado) sea, tan sólo existe representación de madre y se confunde con la anterior. En todo esto quien escapa más a la normativa social es la mujer y precisamente por ello la regulación social se ceba en la construcción de rígidos entramados que, como una red de caza, apresen a ese objeto que siempre escapa llamado mujer. Hay predicaciones posibles para delimitar el campo de mujer/madre, las hay para circunscribir el ámbito de la mujer como ser político y social, pero no hay predicación posible para ceñir a la mujer en cuanto ser sexuado que resista un análisis.

La relación sexual no existe, por ello no existe LA mujer... aunque el hombre no lo sepa.-

Llegados aquí, podríamos definir al ser humano como una estructura que en un extremo tiene el goce inmediato, la adecuación instintual al medio, propia del mundo animal, como imposible y en el otro, el símbolo, la herramienta de que se ha dotado para acceder al mundo, como incompleto: la esencia del objeto sexual es, en este orden de cosas, fallar, faltar, esquivar. Ahí comienza el juego, para algunos la tragedia.

El discurso, la cultura, es un montaje al servicio de la consecución de un goce ya que hay otro goce prohibido: el goce inmediato de la adecuación instintual. El que hace falta que no haya para que exista producción propiamente humana, simbólica, pero al que de todos modos aspiraremos como ideal. En nuestros intentos por conseguir ese imposible goce exiliado iremos encontrando nuevos modos de relación, construyendo nuevas civilizaciones. Precisamente por ello no hay nada de natural en la división de los sexos, que es una división efecto de lo simbólico. Por ello también se puede afirmar que La Relación Sexual, la definitiva, la verdadera, la adecuada, la única, no existe. Existen tantas aproximaciones a gozar del Otro en tanto que tal, en tanto que diferente, como sujetos habitan el planeta.

Pero el lenguaje, como aparato de goce, al servicio de su obtención, tiende a suplir la ausencia de relación sexual normativizando. Dos vías de inserción del lenguaje cumplen fundamentalmente esa función de suplir la relación sexual que no hay: el saber en el amor y el amor idealizado.

- En primer lugar, y esencialmente de la parte hombre de los seres que hablan, impera el discurso del saber, donde se parte de la premisa de que todo es representable. En esta área nos encontramos con un goce particular, el goce sexual que conocemos más comúnmente, o goce fálico, aquél que permite sostenido en el órgano constituir una ilusión de relación plena y clara en su contenido. Cuando es precisamente ese goce de órgano el que impide gozar el cuerpo del Otro, apareciendo éste, el Otro, reducido a un ornamento narcisista del sujeto. Se ama la propia imagen o aquello que permite obtener de sí una imagen "amable" (mujer objeto, mujer madre), o sea, que atestigüe de su propio valor. Desde esta posición cree abordar a la mujer y tan sólo aborda la causa de su deseo para acallarla. Lacan llega a decir: El acto de amor es la perversión polimorfa del macho (S1 XX. Aun. Ed. Paidós). La característica principal de la perversión, ya delimitada por Freud desde 1.905 en sus Tres ensayos para una teoría sexual, contempla en sus términos definatorios la fijación y la exclusividad. En definitiva se trata del recorte de la diversidad a prácticamente un único modo de relación, en el que la persona se alberga, se ampara, frente a lo indeterminado. La creencia, el saber cómo son las cosas, como defensa frente a lo enigmático de las mismas, está a la vanguardia de todos los movimientos del sujeto. Todo ocurre como expresión de que nada se quiere saber de que no hay "El Saber". Esta posición tiene una expresión llevada al límite en la estructura de la neurosis obsesiva, más generalizada entre los varones, pero no exclusiva de ellos.

- Del lado de la parte mujer de los seres que hablan, lo que suple a la relación sexual es el amor también, pero entendido en otros términos. Ella aparece como lo único que viene a completar a un compañero, que por otra parte de nada carece (hombre idealizado y valorado). Ama en él algo que está más allá de él y con lo que ella le

inviste, pero que no le corresponde. Desde la perspectiva masculina ella le ama por lo que él le da de lo que tiene. Desde el punto de vista de femenino: él la ama, pudiendo no hacerlo, porque lo que desea de ella es precisamente lo que no tiene para así poder colmarla (los hombres las prefieren tontas es un dicho de mujeres). Luego él la ama, sin saberlo, porque necesita ser necesitado. Amar, así, es dar lo que no se tiene, la falta, la carencia, a alguien que no es ese ser entero que se sueña. Un amo sobre quien reinar será el fruto de esta perspectiva, que se plasma en la estructura neurótica de la histeria, más extendida entre mujeres, pero tampoco, ni mucho menos, monopolio de ellas. Por cierto, que fue esta afirmación de Freud de que la histeria no era una estructura exclusivamente femenina la que le ganó el aislamiento de la sociedad médica de Viena.

En el amor, en definitiva, no hay diferencia de sexos, no es una cuestión de sexo. En el amor se realiza una división que pretende suplir la relación sexual que no existe por vía de la complementariedad.

No obstante el alcance de su éxito es reducido, pues siendo el amor tensión hacia el Uno, hacia la completud sin fisuras, y siendo el Uno lo imposible para el ser humano desde que está atravesado y constituido por el lenguaje, el amor conduce necesariamente a un cambio de discurso, a la emergencia de la falta bajo la forma del deseo no satisfecho, aún. El amor conduce al deseo, lo lleva como germen en su interior, dirige a las personas al encuentro con la pregunta por la sexualidad, por la diferencia que causa un apetito. Existe aún otra posibilidad de la que nadie está exento, quedar atrapado en el infierno del amor, donde la exigencia de complementariedad y el saber presupuesto conducen a la noria de las peticiones reiteradas y de los repetidos desencantos.

Si la posición masculina nada quiere saber de que no hay saber acerca de la relación sexual, la posición femenina nada quiere saber de un saber que pretenda agotarla acotándola. Se construye a partir de ese más allá del amor cuyo artesano es el deseo.

La frigidez, sin duda es un síntoma y extendido, síntoma en cuanto que ocasiona sufrimiento psíquico. Pero podríamos decir que más que un síntoma de la mujer, en épocas no tan pretéritas ha constituido un síntoma de la cultura: postulando una objeción en acto de parte de la mujer a un saber que se pretenda todo acerca de la relación sexual y de los papeles en ella asignados. Constituye una misteriosa modalidad de goce que se orienta a confirmar que la relación sexual no existe.

A todo ser que habla, sea cual fuere, esté o no provisto de los atributos de la masculinidad -aún por determinar- le está permitido inscribirse en esta parte (la parte mujer de los seres que hablan). Si se inscribe en ella, vetará toda universalidad, será el no-todo, en tanto puede elegir estar o no en el campo de lo representado. (J. Lacan. Seminario n1 XX: Aún. Ed. Paidós)

Malestar en la cultura, ciencia y posición sexual.-

La posición masculina adscrita a la ilusión del saber, de la representabilidad posible y total de lo que existe, en la que toda falla o carencia actual es o bien referida al futuro

consolador en el que la laguna de conocimientos pueda ser llenada, o bien al pasado o presente en que un error pueda haber determinado una conclusión falsa, pero que da por sentado que el saber y lo adecuado existen y que tan sólo se trata de encontrar las vías que a ellos conducen, es una posición que encontramos como guía en el campo de la ciencia. La posición femenina cercana a la vigencia del enigma, abierta no sólo a lo aún no representado, sino a la existencia de un núcleo no simbolizado en el interior de lo que ya se maneja como conocido, comporta la desfamiliarización, la suspensión del saber, haciendo posible el encuentro novedoso. De la inestabilidad de lo estable surge la creación -no ya el encuentro con lo que estaba yaciendo a la espera de ser descubierto-, se apronta una nueva realización.

Es claro que si la ciencia necesita dejar de lado la subjetividad para su progreso, para la transmisión de sus conocimientos y para la universalización de sus descubrimientos, estos, por su parte, no se producen sin la puesta en juego de la posición femenina que es la que dispone de la munición de la pregunta radical como arma de existencia. En todo nuevo descubrimiento se puede rastrear la crisis del sujeto que lo propició. Eso no queda registrado en los anales, ni mucho menos en los manuales, pero está en el origen. Incluso el nacimiento del método científico datado comúnmente en la obra de Descartes, encuentra su punto de apoyo en una crisis subjetiva. La fórmula sobre la que Descartes encuentra apoyo suficiente para realizar el edificio de su método no es simplemente "pienso, luego existo". Descartes buscaba aquello de lo que poder estar verdaderamente seguro para ir procediendo metódicamente desde allí en la elaboración de un saber, y lo encontró en la duda: "Estoy seguro, porque dudo, de que pienso. Pienso luego existo". Esa duda que rompe moldes, que desgarras escenas repetidas hasta la saciedad, que insidiosamente mina los edificios más logrados, anida y define la posición subjetiva femenina. Nada que objetar a la feminidad de Descartes, tampoco a su masculinidad. Esto contradice otro tópico comúnmente pensado en torno a la mujer: que su ser es conservador por excelencia. Es por el contrario la parte masculina de la subjetividad la que se orienta a conservar. Podríamos decir que lo femenino cree tan poco en lo normativizado que parece aislarse de ello en un mundo interior, salvo cuando se ve acosado también ahí.

Es el malestar en la cultura, lo que hace síntoma, lo que permite crear un nuevo discurso. Y si del lado femenino se encuentran las herramientas para destituir los saberes asentados que hacen obstáculo a la emergencia de lo nuevo, lo aún por realizar, mostrando el objeto como enigmático, haciendo que entre en crisis; del lado masculino aparecen los instrumentos para ir cercando ese objeto como cognoscible, como objeto de saber, y conceptualizarlo, familiarizándolo y haciéndolo un objeto de uso posible.

Si decir hombre, mujer o niño no es más que apuntar significantes y no referirse a ninguna realidad prediscursiva, el hecho de que estén cargados de determinados contenidos se debe al efecto de un modo de discurso social y cultural en ejercicio, el discurso del saber. El ejercicio de la libertad del significante puede movilizar las cosas. El revulsivo revolucionario de la posición femenina radica ahí.

El universo es un defecto en la pureza del no-ser (Paúl Valéry), en la pureza del goce inmediato, en la pureza de la ausencia de pregunta por el sentido. Pero también es un defecto en la pureza del ser puesto que el ser anida en el lenguaje y éste se muestra incapaz -y aquí radica nuestra bienaventuranza- de nombrar su esencia definitivamente.

La mujer, el mal y la muerte: No-Todo.-

La mujer como castigo para el hombre, como mal que acecha, como artefacto diabólico de los dioses que seductora introduce la discordia en un mundo ordenado (Pandora), podría encontrar su explicación en el hecho de que la parte femenina asienta su particularidad en matar todos los sentidos producidos, para despertar la exigencia de sentido y por tanto la de creación. Pero sin duda es la peste para el orden y para la ilusión de saber y completud. En este acercamiento resuena la evocación de la oposición creada por Freud entre Eros y Tánatos, pulsión de vida y pulsión de muerte, agregación reunión, armonización, versus, ruptura y desagregación.

LA POSICIÓN MUJER ES UNA OBJECION A LO UNIVERSAL, CONSTITUYE LA AFIRMACION DEL NO-TODO, POR ESO ELLA MISMA COMO UNIVERSAL NO EXISTE.

La mujer es otra para sí misma tanto como lo pueda ser para el hombre ya que, teniendo ambos un origen común en la madre -primer Otro, Otro de la primitiva dependencia-, teniendo ambos a la madre como primer objeto de amor, la identificación a ella por medio de la semejanza está facilitada en el caso de la mujer, y, sin embargo, esta identificación, aunque amordaza, no puede ahogar lo que de mujer no queda dicho en el ser madre. El deseo en cuanto madre es el de un hijo y frente a la "naturalidad" concedida a este hecho hay que marcar que este deseo se inscribe en la posición masculina, aquella que concede crédito a la totalidad como posible. Por eso ella es otra también para sí misma, para su parte mujer. Está claro que la mujer como madre se encuentra con el hombre en un espacio posible: aquél en que de él espera un hijo que la complete, o aquél en el que le espera a él como hijo. Cada mujer es una Pandora para su ser madre, para su hombre y para su medio. Pandora es una hermosa fábula mitológica a la que es difícil no mirar cuando por lo que es ser mujer surge la pregunta. Pandora etimológicamente significa "todos los dones". En la mitología griega es la primer mujer. Antes de ella la raza de los humanos existía, pero no asolada por las tribulaciones que implica la división de los sexos. Los hombres eran fruto de Prometeo, y vivían en estado de felicidad. Es por haber robado el fuego del cielo (bien de Hefestos, bien de los rayos de Zeus, según las versiones) para otorgárselo a los hombres que Zeus, para castigarlos, ordena construir a Hefestos con agua arcilla y fuego un monstruo dotado de la más hermosa apariencia. Todos los dioses del olimpo la colman con sus dones y de ahí deviene su nombre. Hermes la entrega a Epimeteo, hermano de Prometeo, y este a despecho de las indicaciones de su hermano la acepta. Este es el principio de todos los males para la humanidad. Primero entre todos la división de los sexos que conlleva el nacimiento del deseo y la imposibilidad de colmarlo absolutamente y según una única medida. Pandora lleva a su nueva residencia una caja o copa traída del cielo y llevada de su curiosidad la abre. Su contenido se esparció por toda la tierra y afligió a partir de entonces al género humano. Tan sólo quedó en el fondo del recipiente la esperanza. A este respecto las versiones difieren. Otra versión apunta que lo contenido en la caja eran todos los dones destinados a la humanidad pero que al abrirla se esfumaron volando, repartiéndose a los cuatro puntos cardinales. Según esta versión pues los males que nos aquejan desde entonces son fruto más bien de la ausencia de los bienes esperados. ¿No es eso lo que llamamos deseo y que cobra su aliento de la curiosidad?. Lilith, Eva, otros

nombres de la primer mujer indican también la comunidad de este rasgo, la curiosidad. La curiosidad que podemos leer como el no-todo: No-todo está en disfrutar de lo dado inmediatamente, existe además el deseo de conocer su origen y su sentido.

La división en dos sexos, que instaura el deseo, la curiosidad, que instituye la insatisfacción -en el mejor sentido de la palabra-, son elementos asociados a la mujer. También es necesario remarcar que es con su aparición que se constituye la ilusión de un todo posible, pues su presencia es la marca de la evidencia de una falta, un no-todo, que por retroacción genera el todo ilusorio. En él permanece quizá el hombre, con él a veces coquetea ella, pero su identidad pasa por su lazo inextricable con el enigma, el misterio, lo que a gritos muestra lo que al todo le falta para serlo. Si la posición masculina puede ser identificada con la regla, la excepción se identifica a la femenina, siendo la excepción la que crea la regla y no a la inversa (y esto ya desde la lógica aristotélica).

Pandora nos acerca lo irremediable del deseo como constituyente de nuestras tribulaciones y de nuestros gozos. Él traza nuestro destino inexorablemente y nos acompaña sin tregua. La esperanza saldrá en busca del resto de los dones, sabiendo que aun hallándolos no lo serán todo. Por el contrario, el mito del andrógino, elaborado más en consonancia con la parte varón del ser humano, alienta el consuelo de un encuentro posible con la mitad perdida para recuperar una totalidad arrebatada.

No hay vida sin muerte, en su centro, no en su horizonte; ni deseo sin castración. La posición masculina es aquella que cree haber burlado al deseo, y por tanto a la castración, a través del goce sexual (fálico, de órgano, en el que es imposible el acceso al Otro, sino tan sólo a su semblante). Agarrándose de su pene y confundiéndolo con un tener frente a quien no tiene, el juego ilusorio de la complementariedad queda garantizado. La posición femenina es aquella que sostiene la castración como requisito de entrada para acceder a un goce Otro -más allá del falo- singular, pero no-todo, castrado.

El psicoanálisis, al mostrar que la amenaza de castración no es efecto de una fuerza impuesta desde algo exterior al deseo, sino que es parte integrante y consustancial del mismo -al igual que la muerte está implicada en la vida-, nos da prueba de que, cuando se cree haber accedido al todo ya nada tiene el aliento de la vida: no habría eso que llaman humanidad.

Con la movilidad del deseo, los objetos vienen y se van, construyen series, aparece el tiempo y, con él, la muerte, que anuncia y exige un nuevo nacimiento.

Se ha tildado recurrentemente al psicoanálisis de falocéntrico, confundiendo desde el sentido común falo y pene. Freud es muy claro al respecto, se puede hablar de falo como pene sólo a condición de que seamos capaces de imaginar un pene que no haga ninguna referencia, ni tenga ninguna relación, con ese otro órgano que es la vagina. Evidentemente no es el atributo anatómico lo que está en juego en el concepto de falo, únicamente, en todo caso, su capacidad para simbolizar la presencia y la ausencia desde la mirada infantil que encuentra en él el significante de la diferencia. El falo no es ninguna otra cosa que el significante que hace presente la diferencia a través de la falta aparente. No tiene un opuesto y contrario, y por lo tanto complementario. Está él y su

ausencia. Es un significante dispar que pareciera significarse a sí mismo y encerrar la totalidad, al no necesitar de ser opuesto en un par a otro. El significante fálico, como todos los significantes, se toma de la naturaleza, pero no son tales hasta ser extraídos de ella. El falo no es el pene, aunque algunos portadores de éste último aún no lo sepan.

En ese sentido, pero en otro orden de cosas, la maternidad tampoco es un deseo o un destino "natural" en la mujer, en el que ella encuentre su completud. El niño es un objeto más, aunque privilegiado, en la serie de los objetos que metonimizan lo que falta y causa el ímpetu del deseo, en la serie de objetos que toman la parte por aquello que conduciría al todo deseado y faltante, representándolo, aunque más no sea transitoriamente.

A modo de despedida.-

Ciertamente el título de este encuentro tenía algo de provocación por lo que implica de múltiples posibles lecturas. Podía ser entendido como la afirmación de que la mujer no existe por tratarse tan sólo de una variedad con particularidades despreciables (en el sentido decimal del término) del género humano. También como un alegato reivindicativo que trata de poner de manifiesto la invisibilidad de las mujeres en el orden de los intercambios y producciones sociales para el género sexual dominante que la reduce con su ceguera a paradigmas culturales añejos y discriminatorios. Por el contrario, también podía ser comprendido como un intento de acallar el movimiento feminista, planteando que esa mujer por la que lucha es una construcción abstracta y esencialista que no tiene raíces en lo real. Quizá, por último, por último para poner fin a una serie de versiones que de ser librada a su propio alcance sin duda no terminaría aquí, podría comprenderse como expresión de que los modelos y patrones de conducta sociales determinan un modo de ser en el mundo.

Siento haber decepcionado el afán de polémica, estas y otras interpretaciones me comprometen como mujer y como ser social y político, pero el alcance de mi recortada intervención de hoy se ha limitado al hecho de que "la mujer no existe" es una fórmula del discurso psicoanalítico, desarrollado por Lacan en su vuelta a Freud, que subvierte cualquier esencialismo. Pues decir que la mujer no existe, en tanto que hablo como psicoanalista, tan sólo significa que no existe una representación psíquica genérica adecuada de lo que es ser mujer, y en esto reside su pregnancia creativa. No se la puede atrapar en una definición. La mujer no existe... pero el hombre tampoco tiene existencia cuando se deja guiar por su deseo. En todo caso no la tienen, ni uno ni otra, más allá de un positivismo caduco que trata de abordar los objetos en función del principio de identidad y de no contradicción y que al hacerlo así, los condena al esencialismo, la estabilidad y el estatismo.

No existen El Hombre y La Mujer como un par genérico opuesto y complementario. Existen hombres y mujeres relacionados y, es más, definidos por la falta de lo total y la asimetría. Definidos como sujetos humanos por la falta que portan, efecto del medio simbólico que les ha alumbrado. Definidos como sujetos humanos sexuados por su identificación con un modo particular de relación y de goce, aquel en el que se contempla la ilusión de que todo puede ser accesible y representado o aquel otro que se abre ante el abismo de que es imposible la representación total y exige aún, aún más,

más todavía, otra cosa. Goces diferentes que comparten la morada de un mismo cuerpo independientemente de su definición anatómica.

No hay relación sexual, no existe la relación sexual, es el punto de partida que permite decir que no existe la clase categórica mujer (universal, ya sea afirmativo o negativo) ni la clase categórica hombre. Hombre y mujer, ambos, se sitúan dentro del universal que sí puede ser construido: el género humano, y éste se define por sostener una relación conflictiva y de engendramiento con la falta constituyente: El deseo.

Lo que permite establecer una categoría universal, desde Aristóteles, es la atribución de un predicado a un nombre, que lo instituye así en clase. Es el psicoanálisis, antes de los avances de la lingüística y antes aún del análisis por géneros, quien plantea que la mujer como categoría universal, como clase definida por un predicado, no existe. Se resiste a existir ahí encerrada. Insiste por existir más allá. No dice que esté discriminada, dice que no existe. O sea, no existe la posibilidad de decir Toda Mujer Es. Sólo se puede decir, por el contrario, No-Toda Mujer Es, diferenciándola así de la clase de lo humano establecida.

Cuando Freud se pregunta por lo que quiere una mujer queda subrayada la partícula una. Es una a una, existencia por existencia, que la mujer puede ser abordada, pues ella misma se constituye en objeción a todo universal y exige nuevas simbolizaciones. El hombre, cuando confunde la extensión de lo humano consigo mismo cree poder decirse Todo y pierde en ese acto la conexión con el acto de crear. Pero esto no le sucede tan sólo al varón, ¿no?, ¿o tal vez sí?

Lydia Gómez Valverde.
Miembro del Consejo de Dirección del
Centro de Trabajo Psicoanalítico (CEPYP-UNO).